

DE COSTA RICA

DANZAS

(Luis Guillermo Fernández Álvarez; San José, Costa Rica: EUNED, 2002, 144 pp.)

Bajo el título “La danza del amor es una serenata para cuerdas”, Alexander Obando nos ofrece el siguiente comentario del libro DANZAS del poeta costarricense Guillermo Fernández, publicado recientemente por la EUNED

La poesía del siglo XX se ha distinguido por la producción de una variedad de formas y estilos como nunca antes se había visto en la historia de la lírica occidental. De hecho, fue en este siglo recién muerto, y con el advenimiento de formas de pensar menos rígidas y más plurales, que dicha poesía cobró verdadera dimensión personal; pues antes de ella el poeta (o la poetisa) estaban obligados a una de dos: o pertenecían a una estética común a varios autores (llamada *escuela literaria*) y generalmente regida por uno solo de ellos, o se aventuraban a crear casa aparte, o más propiamente, *escuela* aparte. Esta nueva escuela dependía de la matrícula de nuevos poetas para asegurar su credibilidad y continuidad. Sin embargo, al acelerarse este proceso dialéctico y eventualmente descomponerse (por supuesto, tras el trauma de la Segunda Guerra Mundial) los artistas no encontraron más refugio que sí mismos. Y fue esta unicidad de estética y visión de mundo totalmente personal la que ha hecho posible la enorme gama de

poesía que hoy día vivimos, gozamos, y a veces hasta padecemos.

Dicho lo anterior, queda claro que una poesía avocada a la receta del gran *gurú* y su manifiesto, más que trascendente en cualquier sentido, es trasnochada en todos los sentidos. Ya no dice nada, es hueca, carente de significado para la sensibilidad actual. Y por eso mismo más inútil de lo que la poesía usualmente es.

Detengámonos un momento en la idea de diferentes estéticas en la poesía de los últimos 50 años. Si por un instante viésemos la poesía como un fenómeno exclusivamente musical, podríamos hacer comparaciones, que si bien no son precisas, sí son muy ilustrativas. Por ejemplo, sinfónicas vendrían a ser obras como el **Altazor** de Vicente Huidobro o el **Anábasis** de Saint-John Perse. Algunos poemas de Fernández Retamar, Antonin Artaud y hasta el seriosísimo de César Vallejo podrían ser reconocidos como operetas o tragedias bufas. Y algo de la poesía de José Emilio Pacheco o de E.E. Cummings podría ser identificado como música de cámara. Y aún dentro de los mismos tonos sinfónicos podríamos hacer golosas distinciones, como el de los metálicos cornos en Raúl Zurita y el de los aceitosos chelos en José Carlos Becerra. Pero bástenos decir que si acaso aplicamos este mismo esquema comparativo a la poesía de Guillermo Fernández, la poesía de su libro **Danzas**, diría sin titubear que la suya es una obra muy cercana a la idea de orquesta de cuerdas. Porque no es de cámara, eso me queda claro, por los múltiples colores y elementos referenciales que hay en ella. Pero tampoco cabe en el ámbito de la sinfonía. Carece, para empezar, de grandes masas de metales (como trompetas, trombones y tubas) y también de la parte percusiva fuerte como los timbales o el gong. No; la suya es una poesía que construye su mundo simbólico y sensorial a partir de lo leve pero no por ello intrascendente. Es una poesía de matices, de leves tonos como el lento cambiar del color del aire mientras va cayendo el sol de la tarde. En ese sentido es comparable incluso a las obras tardías y experimentales de Claude Monet. Un oficio que ya se tiñe de la madurez, de ese

extraño pero indispensable barniz que da el oficio ya practicado y hábilmente sostenido a lo largo de varios lustros. Porque Guillermo Fernández, ya sabemos, empezó temprano publicando un poemario, **La Mar Entre las Islas**, que sorprendió mucho tanto a tirios como a troyanos. Desde entonces ha venido trabajando una poesía muy personal y muy sólida, pero por sobre todo, no adicta a las fórmulas fáciles ni a los trucos verbales que están a caballo entre el mal verso de Benedetti y el peor chile de Pepito. Ciertamente debe haber de todo en el Hueco del Señor, pero la poesía que se respeta a sí misma, aunque a veces parezca muy fácil, nunca lo es.

Rescatemos otra vez el término experimentación. Decía que la poesía de Memo tiene algo de los últimos trabajos de Monet y es cierto. No solo está presente el rasgo seguro, la pincelada del artista que está en pleno dominio de su oficio sino que Fernández, al igual que el pintor impresionista y en la mejor tradición occidental, nunca ha dejado de experimentar. Decía Octavio Paz (en un delicioso oxímoron) que lo que ha caracterizado al arte en Occidente es *la tradición de la ruptura*, es decir, la firme convicción que para hacer arte siempre hay que expandir las fronteras de lo simbólico, y esto, claro está, solo se logra ensayando nuevas formas, nuevas ideas, nuevas combinaciones, nuevas estructuras. Cuando estamos contentos con solo imitar lo que otros ya hicieron, no estamos haciendo arte sino artesanía o simple decoración *kitsch*. Un artista no debe ni puede conformarse con decorar. Por eso es lamentable la participación de un poeta nacional en una reciente entrevista periodística: al querer defender su producción dijo que él con su arte solo aspiraba a *embellecer el mundo*. Lamentable metáfora, digo, porque no es sino lo que es: una confesión de mediocridad. Guillermo Fernández, si bien inscrito en el circuito literario de Costa Rica, se escapa de esas blandenguerías mediante las más contundentes armas literarias: el talento y el trabajo serio y sostenido. Hacer arte no es recibir un botellazo en la cabeza de parte de las musas. (Perdóneme, pero quien todavía piense así es que ha pasado demasiado tiempo en los bares de chicos-bien con pose de artista). Hacer arte es trabajar, trabajar y si queda más

tiempo, trabajar. Eso queda bien asentado en el libro **Danzas**, donde los poemas no solo están enriquecidos por el impresionante acervo de vocabulario de su autor, sino también por el respaldo del que carecen muchos otros artistas nacionales: una cultura amplia y tan bien asimilada que puede aparecer —y de hecho aparece en este poemario— transfigurada en metáforas plásticas y lúcidas, como en el aquel verso que dice:

*Las plataformas se abrazan por siete largos segundos
Y se hunden en sus grietas los ríos maduros del petróleo.
Los mosaicos donde el fósil espera la impresión de una vida futura.
Entregadas a sus besos,
Las placas se adoran como en la era de los gigantes terrestres.*

O aquel otro poema donde Fernández dice:

*Si atendieras con gratitud
Al pájaro buscón que anuncia la lluvia,
Al crecimiento dadivoso de las veraneras,
Cada mota de polen tendría que ser venerada.*

En el primer fragmento hay una ilustración geológica y poética de cómo sucede un terremoto, en tanto que en el segundo fragmento, encontramos alusiones cotidianas del paisaje nacional, ya muy difícil de ver en la poesía costarricense que hoy se identifica como urbana. Estos dos trozos son representativos de una poesía que no tiene complejos ni prejuicios de tema o alusión pues habla del amor sirviéndose de todos y de todo. Y más importante todavía, muestran (como en el caso de maestros de la talla de W.H. Auden, Samuel Beckett o Antonio Cisneros) que no existen temas ni valores ajenos a la poesía. Lo que existe quizá es poetas sin talento y sin cultura. Porque si no tienen uno, lo más terrible es que a veces creen que tienen el otro. Y el problema no se queda ahí, pues como señala el escritor y filólogo Esteban Ureña: en Costa Rica no solo se puede hablar de un problema de

escritura sino también de un problema de lectura. Definitivamente hay buenos y malos escritores, pero también hay buenos y pésimos lectores. Y éstos últimos suelen ser tan intransigentes como la mala crítica; es decir, que si ellos no entienden la obra es porque está mal escrita, no porque ellos no supieron leerla. Por eso hablaba hace un momento de que la obra de Fernández puede ser comparada con una pieza para orquesta de cuerdas, porque su fino hilamiento, su voz melodiosa y pausada, su tono casi oriental de decir las cosas, va a ser difícil de entender por parte de públicos acostumbrados al melodrama escénico de algunos recitales en San José. Además, ya resulta inevitable decirlo: ¡qué refrescante ha sido para mí leer un poemario donde la gente no amenaza con suicidarse ni se queja de que el mundo entero los persigue! Qué refrescante un poemario donde la humedad de las hojas no es alimentado por las lágrimas o la orina sino por lo que siempre debió estar ahí: el agua de lluvia de los atardeceres del mundo y el paisaje humano como parte de ese mundo.

Ahora bien. No estoy en contra de otras formas y estilos de poesía buena. Soy un convencido entusiasta de gente tan talentosa como Mauricio Molina, Alfredo Trejos, Mía Gallegos, Gerardo Cerdas, Carlos Cortés y el mismo Esteban Ureña. Y todos escriben muy distinto entre sí. Lo que señalo es que a través de Fernández podemos seguir celebrando esa diferencia sin tener que mantener arriba la guardia de la sospecha cualitativa. Y es en este sentido, el de festejar la variedad, ahora por medio de una poesía dúctil, humanísima y escrita con la dulzura y la mesura de una pieza para cuerdas, que los invito, muy encarecidamente, a leer o escuchar la poesía de Guillermo Fernández.

Alexánder Obando
22 de mayo de 2002